Rojo y Blanco



DORNALECHE Y REYES.—Editores.

Año II número 21

Un inglés y un caso extraño

Los periódicos recientemente llegados de París, nos dan cuenta del misterioso suceso que pasamos á relatar.

En los últimos días del mes próximo pasado, a altas horas de la noche, fué despertada la señorita Kolb, conocida *demi-mondaine*, por un ruido insólito: al abrir la lamparilla eléctrica percibió un hombre c.n la cara cubierta con un antifaz negro que



Louisa Kolb

se ocupaba en desbalijar en regla, su departamento. Ella gritó y entonces el enmascarado intentó aturdirla dándole un fuerte golpe con una jarra. A los fuertes gritos dados por la Kolb acudieron varios vecinos, encontrándola desvanecida y bañada en sangre. En cuanto al asesino, un inglés de nombre Smith se lavaba tranquilamente las manos en el gabinete toilett, sin parecer darse cuenta de lo que había hecho.

Interrogado, negóse hablar haciéndolo después delante de un abogado designado por la embajada británica.

Lo extraño del suceso es que; las puertas no habían sido violentadas.





El senador Casana

El casamiento de la Ristori

La célebre trágica Ristori, siguiendo el ejemplo de la Patti, se casa. Ha cumplido los ochenta años, y según parece, no se han apagado en ella aun, los trasportes amorosos de la juventud. Nació esta artista en Cividale, provincia de Venecia, (Italia) en 1821, siendo hija de comerciantes mediocres. Desarrollóse en ella desde su más tierna infancia una desmedida afición al teatro, siendo explotado este entusiasmo por sus padres, que la dedicaron á los 4 años á representar pequeños roles. Siguió de esta suerte hasta que llegó á ser la gran actriz que asombró al mundo en Myrrha, Rosemonde, Octavia, Antigone, Francesca di Rimini, María Estuardo, Pio dei Tolomei, Fédora y otras obras.

Viuda de su primer marido y sin sucesores vivió en calma y retirada el fin de su existencia, saliendo de la sombra para anunciar su próximo enlace con el senador Casana, Síndaco de Turín y una de las figuras descollantes del mundo social y político de su país.

Las crónicas desean á los *jóvenes* esposos una eterna luna de miel y numerosa prole.



Adelaida Ristori

Indicador de ROJO Y BLANCO

Abogados

José P. Ramírez Rincón, 68.	Carlos María de Pena Norte Pza. Independencia, 25a.	José P. Massera Ituzaingó, 202.
Domingo Aramburú Cerro, 157.	Diego Capella y Pons Ituzaingó, 196.	Luis Melián Lafinur Buenos Aires, 120.
Alberto García Lagos Cerro, 140.	Luis Varela Cerrito, 240.	Alberto Palomeque Misiones, 202.
Alberto A. Márquez Rincón, 193.	Juan P. Castro Buenos Aires, 171.	Abel J. Pérez Yí, 303.
Pablo De María 25 de Mayo, 201.	Leoncio Correa Rincón, 300.	Alfredo J. Pernin Colonia, 222.
Juan C. Blanco 25 de Mayo, 295.	José Cremonesi Daymán, 239.	Aureliano Rodriguez Larret. Piedras, 190.
Carlos A. Berro Ituzaingó, 227.	Serapio del Castillo Avenida La Paz, 267.	Claudio Williman Plaza Independencia, 58.
Daniel García Acevedo Zabala, 175.	Ovidio Grané Avenida La Paz, 239.	Martín Berinduague 18 de Julio, 484.
Eduardo Brito del Pino 25 de Mayo, 133.	Pedro Figari Reconquista, 121.	Adolfo Pedralbes Río Negro, 195.
Juan Zorrilla de San Martín Rincón, 76.	Alfredo Vázquez Acevedo Mercedes, 30.	Salvador T. Milans Canelones, 181.
Antonio María Rodriguez Sarandí, 171 c.	Justino J. de Aréchaga Rincón, 179.	Antonio E. Vigil Cerro, 126.
Samuel Arcos Ferrand Orillas del Plata, 95.	Lorenzo Barbagelata Rincón, 230.	F. Milans Zabaleta Plaza Libertad, 12.
Pedro Díaz Zabala, 153.	Eibio Fernández Rincón, 227.	
Juan Blengio Rocca Juncal, 171 a.	Martín C. Martínez Mercedes, 18.	



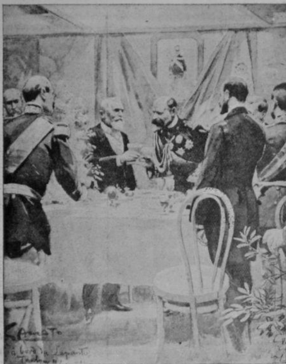
La vida del Casino. — Sala principal de ruleta

El grabado adjunto representa un amplio salón del Casino de Monte Carlo, uno de los mas visitados y de los más famosos de la Europa.

Allí se ven toda clase de fisonomías y se hablan todos los idiomas, se derrochan las más grandes fortunas y se hace el mayor derroche de lujo y vanidad.

En el grabado aparecen varias damas de elegante presencia y garbo airoso de esas que tanto abundan en el mundo del *café concert* y que tanto seducen con lo exquisito de su conversación y el desenvolvimiento de sus maneras.

En el Casino de Monte Carlo se mezclan en los días de las grandes *soirees* los más aristocaáticos caballeros de la uobleza y del pueblo con las atrayentes *demi mondaines* que constituyen el brillo principal de estas fiestas cosmopolitas.



Abordo del «Lepanto». — El brindis del duque de Génova, á la marina francesa

Las fiestas de Tolon

Las fiestas que tuvieron lugar en Tolón á mediados del pasado Abril y de que nos hablan los diarios franceses é italianos han alcanzado las mayores proporciones y el mayor brillo.

La nota de actualidad que ofrecemos en esta página representa al presidente de la república francesa y el duque de Génova en el momento en que este último levanta la copa para brindar por la felicidad de la república francesa y por la cordial armonía que existe entre ésta y la patria de Víctor Manuel III.

El desembarco de la comitiva francesa en Tolón ofreció á los espectadores el más hermoso golpe de vista, pues la bahía había sido preparada de una manera especial y digna de los ilustres visitantes.

El almuerzo que representa el adjunto grabado fué una de las últimas ceremonias oficiales que tuvieron lugar en este viaje. Al fondo del gran salón se ve una bandera de la república francesa y otra de Italia y en medio se destaca el retrato del actual soberano italiano.

En la ceremonia de Tolón, que ha dejado gratos recuerdos para el pueblo italiano como para los visitantes franceses, á las palabras del duque de Génova, llenas de calor y entusiasmo internacional contestó el presidente Loubet dando un ardiente viva á Italia y á su joven soberano.



Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

JUAN C. MORATORIO
B. FERNÁNDEZ Y MEDINA
REDACTORES

ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79
DORNALECHE Y REYES: EDITORES

SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR

Año II | MONTEVIDEO, MAYO 19 DE 1901 | Número 21

Cuentos de poetas

Sin corazón

Era poeta y era glorioso. Sabía el secreto del verso y hablaba al mundo con ecos del gran lenguaje de la armonía. En su alma, como eterna é inmóvil luz blanca encendida en secreta capilla, flotaba tranquilo el Poema; en sus labios dormían los ritmos y en sus ojos vagaba el ensueño.

Gozaba la revelación de la Poesía. Era dueño de un mundo divino en que el cielo es canto, himno la mañana y el crepúsculo dulce balada. De su lira el vibrar de las cuerdas arrojaba á la tierra descargas de flores, despertaba las almas con dianas de sol, y mecía, al morir, los espíritus en ondas de aurora, rosada cuna de la belleza.



Gozaba la hermosa prerrogativa del poeta, en cuya alma hay algo del alma de todos, del alma del mundo: la de hacer palpitar con su corazón todos los corazones adonde llegó, suspiro, sollozo ó grito, un acorde de su lira de oro.

Al verle tan enamorado de la Belleza, habíase enamorado de él la Gloria, y nunca tuvo ser alguno más rendida, más enamorada ni más fiel amante que aquella amante del poeta, coronada de áureos rayos de sol victorioso.

Agradecido á su amor, él la cantó en el torneo, en una gran tarde perfumada y solemne, de cielo amplio y claro como una bandera triunfante orlada de ámbar por los celajes del ocaso; y mientras los versos flotaban como un suspiro y se difundían como una música en el ambiente tibio y lleno de silencio cual si también escuchara dejándose acariciar por la armonía de las cadencias, todos vieron como ella, la Gloria, descendió sobre el bardo y coronó sus sienes con rayos de sol victorioso, dejando en su frente un gran beso de luz. La Gloria lo amaba.

¿Creéis que este poeta no era feliz?

Bien al contrario, sufría mucho; sufría tanto que no vacilaba en declararse el más desdichado de los hombres.

Es que tenía un pobre corazón enfermo, enfermo de sensibilidad y de amor, que no le dejaba descanso ni paz; un corazón que era así como un arpa muy delicada, muy quejumbrosa, de cuerdas tan sensibles que se estremecían dolorosamente al rozarlas tan solo un suspiro, una queja perdida, el titilar de una lágrima.

Y de este modo aquel predilecto de la Gloria sufría con los sufrimientos de todos: con la soledad del huérfano; con el luto del padre á quien la muerte del hijo dejara sombrío y mudo el corazón; con el llanto infinito de las madres que han muerto en una cuna y viven en una tumba; con la humillada tristeza del mendigo que fué feliz; ante una losa, ante un lecho, ante un cadalso, ante una ventana de donde huyó el amor nublando la luna y ajando las flores....

. . . .

Como llegaran á él, todos los dolores eran dolores propios; todos los golpes de la desgracia repercutían brutalmente en su pobre alma enferma, hiriéndola tal como hiere una mano torpe las delicadas cuerdas del arpa mimosa.

Y así, muchas noches al recogerse después de haber mirado largo tiempo las estrellas, los mundos lejanos, los soles pálidos, pensando en los que han muerto, ocurrióle al poeta pensar cuán delicioso fuera, dormirse en un sueño de olvido, de paz, de descanso, finalmente!

Cuando el hada que protege á los poetas, que escucha sus quejas, que complace sus caprichos, buena hada hecha ya á tratar con niños enfermos, le anunció que iba á librarse de la dolorosa tira-

nía de su corazón, sintió él la primer grande alegría de su vida.

—¡Oh sí! exclamó fervoroso—¡líbrame de él!

Sintió luego como si algo se desprendiera de lo íntimo de su ser, dejando vibrar adentro un dulcísimo acorde melancólico como el adiós de los que aman; un grato sufrimiento después, y por último una sensación de alivio, de desahogo, el descargo de un gran peso en el pecho. Vió, en fin, elevarse en la noche un pálido aliento de oro, de luz de amor, esfumarse muy pequeñito en el espacio, y perderse al cabo en viaje al cielo.

Era su corazón que se iba, que lo dejaba libre, y sin embargo, le vió alejarse con sentimiento, porque, al fin, ¡era su corazón!



¡Bella es la vida! cantaba el poeta feliz.—¡Bella es la vida y bien vale la pena de vivirla cuando se es joven y fuerte!

¿Qué hay dolores en la vida? ¡Bah! Puede que los haya; pero que cada cual cargue con los suyos, y adelante.

Ya podían llorar lágrimas y lágrimas siempre renovadas las madres sin hijos; ya podían lanzar el desgarrador alarido de la primer soledad los hijos sin padre; ya podían morir los niños y marchitarse las flores y alejarse las golondrinas. El poeta era feliz apesar de todo: no tenía corazón...

Entre tanto se le olvidaba: los fulgores de su gloria iban desvaneciéndose en el tiempo; el eco de sus versos iba apagándose en las almas; parecía que el mundo se fuera alejando de él y él saliéndose del mundo poco á poco.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, cuando el día iba á morir envuelto en poesía, sintió tedio, melancólicas ansias, deseos de cantar. Dormidos recuerdos de sus glorias, olvidadas nostalgias de su antiguo reinado sobre los corazones, antojos de inmortalidad, inquietudes y recelos hormiguearon en su cerebro provocando un despertar confuso del pasado.

Fué entonces á la lira, muda como los muertos, y oprimiéndola con emoción tocó sus cuerdas, sagrado refugio del verso.

Un brusco sacudimiento lo conmovió entero; la lira no había respondido á su cita; el acorde no estaba ya allí.

El poeta no era ya dueño del secreto del verso; había olvidado el dulce lenguaje de la armonía!

¿Qué era aquello?

Advirtió un grande, un insondable vacío en el pecho. Algo faltaba allí.... ¡Ah! ¡El corazón! ¡El santuario del Poema! ¡La Lira!

La noche llenaba el espacio. El poeta fué á la orilla del mar, del gran mar misterioso, y después de haber mirado largo tiempo las estrellas, los mundos lejanos, los soles pálidos, pensando en los que han muerto, se acostó en la arena deseoso de dormirse en un sueño de muchos años, en un sueño de olvido, de paz, de descanso, finalmente.

Las olas llegaron hasta él, le arroparon con sus transparencias finas, y meciéndolo como á un niño cansado, le llevaron lejos, hasta los misteriosos confines de la sombra.

Arturo Giménez Pastor.

El señor Leonardo Castro



Acaba de fallecer en el Salto el ciudadano don Leonardo Castro, de la antigua y bien apreciada familia montevideana de ese apellido.

El señor Castro residía en el Salto hacía más de veinte años. Era Escribano Actuario del Juzgado Departamental y suplente de Senador; había sido Presidente de la Junta E. Administrativa y en ese cargo como en todos los demás que desempeñó dejó acreditado su nombre como ciudadano inteligente, honesto y prudente.

Su muerte, que ha cortado una vida llena todavía de energías útiles para el bien público, ha sido muy sentida en el Salto como en Montevideo, donde enlutó á muchas familias de las más apreciables por sus antecedentes y figuración.

El alma del vino

(De Ch. Baudelaire)

Un soir l'âme du vin chantait dans les bouteilles.

—«De mi prisión de vidrio me liberto,
Para alegrar al hombre con mi canto:
Con mi fuerza, su espíritu levanto,
Y su entusiasmo, con mi voz, despierto.

«Siento el placer del rico, cuando el yerto
Pecho del pobre animo, porque en tanto
Que le apago la sed, le enjugo el llanto
Y, en medio de sus penas, le divierto.

«Con mi zumo, á los fuertes luchadores
Nuevo aliento les presto,—y los colores
Á la infancia feliz, graciosa y bella!»—

Así, en la mente, al choque cristalino
De las copas, alzó su canto el vino,
Al destaparse la última botella.

Férald O'Door.

Montevideo, Mayo de 190[illegible].

Montevideo pintoresco

Del libro Á la conquista del "Yo"

I

«Baña ¡oh discípulo! tu ávido pecho en el rocío de la Aurora.»

GOETHE.

UNA mañana, temprano, Ismael, siguiendo el consejo que en cierta ocasión Juan Jacobo diera á B. de Saint-Pierre, salió á pasear á pie por campos, atajos, barrancos, arenales y playas, en dirección al Cerro.

De cuando en cuando según su costumbre se detenía para observar las gradaciones de matíz, las variantes de aspecto que un simple cambio de posición en el ángulo de mira, daba al juego evanescente del paisaje. Y á veces, como desde las barrancas que coronan la admirable playa de Capurro, disfrutaba el triple espectáculo del espacio, del agua y de la tierra, que abarcan la ciudad, el Cerro y los alrededores, frente al vasto hemiciclo de la bahía. Á su izquierda, la capital, sonriente, límpida, en su elegancia secular, parecía internarse en el río cual la proa de un galeon medioeval. A poca distancia, junto á la orilla, poco más que á flor de agua, veíanse algunas parduscas escolleras, diseminadas en diminutos archipiélagos. Más allá, era un puente, solitario, una fábrica silenciosa, un médano, un islote, un pedazo de ancla abandonada, el zig-zagear de las gaviotas, los restos de un pontón. Luego, hacia el *Paso*, en amplias extensiones feraces, eran pléyades aisladas de eucaliptus, suaves colinas arboladas temblando sobre la línea del horizonte, en un despliegue intermitente, verdoso, atigrado de huertas, quintas, quebradas y jardines.

Bordeando la costa, hacia el Pantanoso, se extendía ondulosa la sábana desierta de los arenales. Alrededor del puente, algunas pobres casuchas blanqueaban sobre la ralura del césped. De ahí, á poco trecho, comenzaba la zona de los saladeros, los suburbios de la laboriosa villa.

Ya la elevación paulatina del terreno iba denunciando los límites inferiores de la enorme ubre terráquea, cuyas faldas, salpicadas de heredades ascendían alegremente hacia el firmamento. Más allá, en lo alto, destacábase la cumbre del Cerro, con el casco níveo de su fortaleza inundada de sol, frente al mar fluvial, árida silueta, como una cariátide erguida en pleno azul. A medida que iba subiendo, imaginábase Ismael la magnificencia del escenario, visible desde la alta perspectiva. Sobre todo, para un espíritu como el suyo que según el decir del maestro, poseía la varita mágica de la poesía, la clave transfiguradora de todos esos maravillosos símbolos que las formas, los colores, los vejetales, los seres vivientes, la tierra, el agua, el fuego, la luz y el aire suministran, á cada instante, al ojo que sabe verlos y á la conciencia sublimadora.



Empero, cuando desde la terraza de la fortaleza tendió la vista árida por el inmenso espacio circundante, todas las vaguedades que imaginara le parecieron mezquinas, incoherentes, comparadas con el esplendor de la realidad, múltiple, varia, ilimitada á la gran luz del sol.

Absorto, en la altura geológica, Ismael con-

templaba—con aquella intensidad subjetiva del que desea fijar en su memoria una representación inmarcesible—aquel vasto desenvolvimiento de los horizontes natales, bello y grandioso entre los panoramas uruguayos.

El viento de la mañana, con su aéreo jadear fugaz, soplaba fuerte en la cumbre, con rumbo al mar. Racimos volantes de golondrinas, que tenían sus nidos en las murallas de la fortaleza, revoloteaban casi al alcance de sus manos, dando al aire la nota típica de sus gritos joviales.

Por los cortijos diseminados por las cercanías hacia La Tablada y el Pantanoso, por las lontananzas lejanas, departamentales, hacia Canelones, hacia San José, se dilataba la visión de las tierras de labor y cultivo, la ofrenda agraria de las áreas pingües, repletas de cereales, orladas de viñedos, circuidas de arboledas, feraces, apacibles, como los mirajes de una geórgica inmortal, digna del más sincero *Salve Magna Parens*...

otra silueta velera ó á vapor punteaba las distancias del río.

Tras el espejear metálico de la bahía, siempre inerte como en el día inolvidable de su llegada, Montevideo, anguloso, peninsular, dentro del marco vejetal de sus suburbios, bajo la cálida reverberación atmosférica, con el conglomerado de sus casas, parecía realmente un pedregal.

Y tan exacta resultaba la imagen, que al trasmitírsela Ismael el oficial que lo recibiera y acompañara en sus contemplaciones, éste la había corroborado con la más expresiva sonrisa de asentimiento.

Luego, como Ismael expresara su admiración por la esplendidez encantadora del panorama,



....

Todo aquello, producía á Ismael una impresión de inmensidad, de plenitud patriarcales. Parecíale que la mañana misma, de una belleza primitiva, vertía sobre las cosas yo no sé que, de riente y fraternal.

Por el cielo, varias nubes casi transparentes flotaban como gasas blancas, tornasoladas de oro. Apenas si la proyección de sus sombras, vaga y movediza se percibía á largos trechos, sobre el verdor de los campos, la napa azulosa de las aguas y la brillazón eléctrica de los arenales.

A la entrada de la bahía algunos barcos estaban inmóviles, anclados. Más allá, por las afueras, hasta donde llegaban las miradas, una que

digna de ser perpetuada en una página de arte, veraz, sentida y alta, el oficial contagiado por la sinceridad lírica de sus palabras, tuvo un admirable movimiento de inspiración.

Con un ademán lento, expontáneo, casi genial, fué indicando una á una, como las reliquias supremas de un sagrario, el Cerro, sus faldas, la villa, los alrededores, la bahía, las playas próximas y lejanas, los pueblos suburbiales, la ciudad, el río, el firmamento, el sol, el horizonte, hacia San José, Canelones, Minas y Maldonado, y en tanto que con toda la tensión del brazo, el índice rígido de su diestra señalaba y recorría—por sobre lo visible—las regiones más remotas del interior del país, con una expresión de sencillez conmovedora, digna del más hondo respeto, dijo á Ismael esta frase feliz:

¡Todo eso es Oriental!

Américo Llanos.

Montevideo.



En "Las Lilas"

Un excelente amigo nos ha enviado desde Paysandú interesantes vistas de la fiesta campera con que el general Navajas celebró el 19 de Abril en su hermosa estancia «Las Lilas» del departamento de Río Negro.



La estancia es de las más adelantadas del país y á la belleza de los paisajes naturales une todos los atractivos del progreso en la selección de los planteles ganaderos, en toda la organización del establecimiento y en el confort de la morada que tiene aspecto señorial.

De los paisajes da idea una de las vistas que publicamos, y en la que aparecen navegando en el arroyo Grande en una falúa engalanada con la bandera nacional, el general Navajas, su distinguida hija y otras personas que eran sus huéspedes en la temporada de otoño en «Las Lilas».



Los mismos huéspedes aparecen en otra vista preparados para una cabalgata al través de las cuchillas pintorescas en que aparecen á menudo los ñandúes «de andar ceremonioso y desgarbado» y los esbeltos venados, y para contemplar de lejos la tortuosa corriente del Arroyo Grande, orlado de espeso bosque al que la proximidad del invierno va haciendo huraño para los visitantes, que prefieren en este tiempo el sol y el movimiento, á la sombra y el reposo, tan gratos en el verano.

Las animosas amazonas se disponían también á presenciar la corrida de sortija con que el paisanaje celebraría á su manera el día de la patria.

De ese torneo pintoresco de habilidad y gentileza, que los españoles aprendieron de los árabes y que nuestros paisanos copiaron á su vez de los españoles, damos también una interesante vista.

Aparece en ella el arco adornado y el escuadrón de jinetes abierto en alas para presenciar la corrida; es el cuadro completo de la fiesta campera tantas veces descripta y en la cual son la nota más simpática las concurrentes, ya sean puebleras ó paisanas, animando con miradas llenas de promesas á los corredores, premiando con sonrisas á los dichosos triunfadores que entre ellas eligen la preferida para entregarle el anillo ganado en el torneo, repitiéndole de palabra ó mentalmente los conceptos que el autor de *Camperas y Serranas* fundió en su décima:

Del pago más retirado
á buscar el sol salí
y lo vengo á hallar aquí
en tu cara aposentado.
¿Seré tan afortunado
que al entregarte este anillo,
templen tus ojos su brillo
y moderen el ardor
capaz de dar más calor
que un trago de cominillo?

En otras de las vistas, aparece el mismo grupo de excursionistas femeninas navegando en pleno Arroyo Grande y probándose como vigorosas remeras, capaces de vencer la corriente rápida de aquél, para justificar que son montevideanas y conocen el mar y han resistido contra oleaje poderoso.

Desde el bote, tan orgulloso con sus remeras y con la bandera patria que luce, aquéllas han podido recolectar todas las curiosidades de la laguna, recojer flores de camalote para ponerlas á usanza egipcia en la negra cabellera y cayendo sobre la frente; para arrancar juncos con huevos de ranas que parecen racimos de frutitas rosadas; para acercarse á las riberas arenosas á recoger piedras y conchas; rompiendo las redes quo forman las plantas acuáticas.





La corrida de sortijas en "Las Lilas" *Fot. de Luis Mannesi.*

Versos

El festín está triste y silencioso...
Agoniza en el marco de las caras
En una lividez desesperante,
El horrible albayalde de las máscaras,
Sonríe la ironía de la muerte
Sobre el carmín que se marchita y aja;
Las vacilantes plantas se deslizan
Sobre un montón de flores estrujadas.
La luz lividamente
Sobre aquella agonía se derrama,
Y vagan sobre el aire, como un sueño,
Las notas de una lúgubre romanza.
Sobre todas las frentes
Una corriente de tristeza pasa,
Y se asoma el fantasma de la Tisis
En unos ojos turbios por las lágrimas.

Las ojeras se encienden,
Todos los labios callan,
Ya no se escuchan los alegres gritos
De aquella enferma juventud romántica...
Y entre las vagas sombras de la noche,
Como una extraña procesión fantástica,
Entre rojos pudores desgarrados,
Y dulces timideces desfloradas,
Entre un suave tropel de melodías,
De oraciones, de flores y de lágrimas,
Como un ángel caído,
Que batiendo sus alas se alejara,
La virgen Inocencia
Entre las sombras de la noche pasa!

Raúl Montero Bustamante.

1901.

Una hazaña marítima



Como nota curiosa publicó Rojo y Blanco hace algún tiempo algunas reproducciones del pasaje por tierra de la cañonera *General Rivera*, desde la Escuela de Artes en que fué construida hasta el puerto. Aquella cáscara de nuez hizo algunos años más tarde un viaje lleno de peligros y el grabado que hoy ofrecemos nos la presenta en los mares del Sud que visitó soportando furiosos temporales, resultando vencedora en la lucha con las olas. La guapeza de la *Rivera* quedó desde entonces — 1888 — consagrada, y fueron muchos los elogios que á su vuelta del peligroso viaje se tributaron á su jefe el coronel Jorge Bayley y á su valiente oficialidad.

El fantasma

ERA de noche y sin embargo llovía. Llovía, y sin embargo soplaba el viento con furia tal, que temblaban, extremeciéndose con gran estruendo, las planchas de zinc que techaban el galpón en que nos defendíamos contra la lluvia, el viento y el frío los seis ó siete soldados que esa noche hacíamos guardia de rondín. El teniente Olave, nuestro oficial, había luchado durante dos horas crueles entre el sacrificio estéril de otras varias horas que reclamaba el sueño y la perspectiva de varios días pasados en cuarto de banderas, luego, resolviendo el grave caso de conciencia como yo lo habría resuelto, me recomendó mucho que vigilase la llegada del coronel, el cual solía entretenerse en darnos á deshoras esa clase de sorpresas, se desprendió la espada, se tendió sobre una gran mesa de pino, único mueble que adornaba la estancia aquella, bostezó unas cuantas veces más... y se quedó dormido. Nosotros, sentados como estábamos alrededor de una fogata en que ardían cuatro ó cinco miserables rajas de leña, nos quedamos algunos minutos con los ojos clavados en el fuego, adormecidos por el monótono caer de la lluvia, mirando embobados—tal es la extraña fuerza de atracción que tiene el fuego —cómo las llamas abrazaban con su beso ardiente los últimos trozos de leña, cómo sus lenguas rojizas lamían las ramas secas, se deslizaban suavemente por ellas, las envolvían, las estrujaban, las martirizaban, las hacían quejar, gritar, saltar, hasta que estenuadas, exhaustas, moribundas, dejaban ver un último chisporroteo, crujían lastimeramente una última vez, y sucumbían humeantes reducidas á ceniza...—¿Y, cabo?...— me preguntaron dos ó tres de los milicos cuando el fuego, casi consumido ya, sólo luchaba contra el frío con notable desventaja, con notable desventaja nuestra.—Yo le eché una mirada á Olave, y como estaba tan dormido cual si no existieran coroneles en el mundo, después de consultar varias de las circunstancias que nuestro oficial había tenido sin duda en cuenta cuando se tendió á la bartola...—«Bueno... les contesté... pero no saquen muchas...»—«Di ande, cabo!» Y salió el negro «Barullo». Volvió cargado de tablones que el Ministerio de la Guerra destinaba á un galpón y que yo destiné al fuego. Con el machete por hacha, bien pronto quedaron los tablones reducidos á tablas y las tablas á astillas. Coloqué, primero una, luego le atravesé otra encima. Y aquí ocurrió un incidente extraordinario. El soldado Mareco, un chino alto, huesudo, que á través del uniforme conservó siempre algo de la agreste elegancia del indio presumido, se echó desesperadamente sobre el fuego y en dos patadas desparramó á los cuatro vientos las tablas y los tizones... ¡Por Dios cadete... que *ansina* llama al ánima! ¡No ve que las tablas formaban la cruz de los dijuntos! Y mientras que yo me reía, él, avergonzado y corrido, pero sostenido al mismo tiempo por la silenciosa aprobación de los compañeros de guardia, juntó los trozos de leña desparramados, los dispuso con arte, resolló fuerte, sopló y reanimó la llama. Era lógico que yo le exigiera explicaciones al buen Mareco. Me las dió. Me contó cómo hacía diez años fué muerto á palos un soldado de su compañía en el cuarto que veíamos allá en el otro extremo del patio, alumbrado por un farol de kerosene.



Era una madrugada de invierno, en que brillaba la luna y soplaba rabiosamente el pampero. La víctima chilló,—como todos sus colegas de infortunio han chillado—cuando recibió los primeros centenares de azotes, pero, ya próxima á desmayarse, una vez que perdió las esperanzas de salvar la vida, cuando todos esperaban que anunciara la muerte el último quejido, hizo su testamento y dijo: «coronel asesino! sos un maldito! Matame no más que si Dios no es sordo dejará que mi ánima te visite todas las noches! Piojoso sinvergüenza! Más lindo vas á dormir sobre una brazada de abrojos que en tu cama!» Y el desgraciado se durmió para no despertarse más.

El cuento, nuevo para mí, era viejo para mis compañeros de fogón. Dos ó tres dieron fe como testigos presenciales;—los otros creían en la aparición del ánima del compañero muerto como quien cree en el bendito. Por otra parte, la realidad de la aparición era fácil de comprobar, desgraciadamente. En las noches de luna, cuando soplaba un viento fuerte y los elementos repetían la escena en que se produjo el drama, aparecía, desde años atrás, en el fondo del cuarto donde fué muerto el soldado, una luz amarilla, medio dorada y medio «tembleque», que era el ánima del «dijunto». Desde que aquellos pobres hombres me contaron estas tonterías inverosímiles, han pasado muchos años. No puedo precisar por consiguiente — que en cosas que afectan el honor necesario es ser muy preciso — si los traté de «bestias» ó si los traté de «brutos» pero recuerdo perfectamente que les demostré por $a - b + c = z$ que si las gentes tienen un alma, lo cual no está suficientemente probado, el alma del soldado de marras debía pernoctar en otra parte que en el cuartito del fondo, aun cuando brillase la luna y soplase el pampero. «Pero cabo», interrumpió Mareco, «si yo lo vide».—«¿Qué viste, animal, matar al otro? ¿Y qué?»—«No, cadete (de cuando en cuando se me daba este título, á justo título) vide *la luz!*»



Y trató de probarme, con la historia por base, que si yo no cambiaba de creencias ó si yo no adoptaba creencias que no tenía, cargaría conmigo el ánima del primer difunto que no me quisiera bien. Negué yo, afirmó él y abierta la causa á prueba él expuso: Usted, cadete, que es para mí como mi padre porque le enseña á leer á mis hijos, es de los tres ó cuatro que saben mi historia. Usted sabe que yo he sido diablo... ¡pero mi hermano! ese sí que me daba cola y luz y *toavia* la arroba de ventaja. Mató no sé á quien, él tampoco sabía, por qué ni sabía quién era cuando lo mató. Juyó pal Brasil y como entonces hablaban brasilero en el Salto, se quedó, pero muy parriba, allá donde aura dicen que se llama Artigas!» — «¡Artigas! hombre guapo y buen gaucho!» interrumpió Barullo. — ¡Calláte negro que yan dao las doce y pa-ablar con la gente tuzate las motas que yaguanes que gane ai no sale ni con indulto!» — Efectivamente, no salía! — Prosiguió el hombre: «Allá por aquellos pagos, matreriaba un portugués que, según él decía, no era de pelar con *l' uña*. Mi hermano y él se tenían ganas. Una tarde se encontraron en la pulpería y medio encopao el macaco dijo cuanto lo vido que no había *castilla* capaz de pisarle el poncho...



—«Aijuna... ni que juera porteño, por lo compadre! ¿Y no había ahí un criollo que le cortara el resuello á esa nutria? De juro que si desafiaba á un oriental á que le pisara el poncho es porque no lo tenía! Jí! jí! jí! estaba empeñao...!»

—«Negro trompeta te dicho que te cayés! Decí que el cadete es demasiado güeno y no se acuerda qu'es cabo...»

Corté la discusión (para bien de mis lectores) con un *acabá vos también de una vez*.

«Güeno, cabo. Decía qu'al portugués se le hizo güeno el campo pa parar rodeo. Mi hermano peló la que no cuenta mentiras, se dió *güelta pa* donde estaba el *respetabre púbrico* y dijo: *Coste señores qu'el dijunto tenía la culpa*.

—«¿Y quién era el dijunto?» arguyó Barullo.

—«¡El que iba á morir! ¿Y quién había de ser, negro animal?»

—«¿Lo mató?»

—«Del primer viaje, cadete. Pero aura viene lo malo. Al portugués me lo enterraron allí mismo, cerquita, en el bajo. El pulpero le hizo poner una cruz.

—«Pa qué?» preguntó uno.

—«No se, ché. Esa cruz la puso sigurameute el diablo. Porque, oiga bien cabo, lo que le voy á contar, q'ues la pura verdá. Tres ó cuatro días después de la *disgracia*, ó del *asidente* como dicen ustedes los letraos, tomó mi hermano una tranca... creamelo don, entoavía más grande que las que yo tomo!»

Mentira! iba á decirle yo. Pero él reanudó su relato: Fíjense como sería la cosa que se le dió por decir que él no le tenía miedo ni á Dios ni al diablo y que mismo á los dos juntos, si le daban la espalda libre, los iba á dejar marcaos.

—«¡Ah tigre!» dijo Barullo.

Mareco, que por un momento quedó abstraído en sus recuerdos, no lo oyó. Continuó á poco: Con Juan González, ese que vos conocés, Barullo, hizo la apuesta.»

—«¿Qué apuesta?»

«A que apuñaleaba á las doce de la noche la cruz del portugués.»

Los lectores me permitirán que, en atención á la Moral, suprima las interjecciones que aquí lanzó la concurrencia.

Eran las doce de la noche cuando *jué* mi hermano. Los otros se quedaron como á una cuadra. Se abajó del caballo, sacó el cuchillo... pegó la puñalada... y Juan González lo vido... el ánima del dijunto, se levantó del suelo, lo agarró por el cogote y lo dejó muerto en el *ato!* Juimos á la mañana: el puñal estaba clavado en el poncho. La cara, negra... como la tuya... catinga (esto era por Barullo), y el dotor de la policía... ¿sabe usted lo que dijo, cadete? que mi hermano si había muerto de miedo! Ah *dotor* bárbaro! si habría conocido á otro más guapo?

A todo esto había pasado una hora. Llamé por sus números á los soldados que debían entrar de centinela, revisé sus armas, y dí la voz de *«paso redoblado, mar!*

La lluvia había cesado. El viento que soplaba con furia creciente, había limpiado el cielo, y allí arriba brillaba, limpio, claro, el sol de los noctámbulos, la luna. A los pocos pasos, noté que mi guardia no me seguía. Tampoco estaba en su puesto el centinela que íbamos á relevar. Un instante bastó para explicar la razón del hecho insólito. El farol que alumbraba el cuarto donde fué muerto el soldado de marras, se había apagado, y en la pared del fondo se veía, casi redonda, pero formando en sus bordes los perfiles de una cabeza humana, la luz!... el ánima! el fantasma!

Oh! no sé si mi honor me permitirá confesar á ustedes que tuve miedo! Pero ese momento de debilidad — lo juro por los dioses! — solo duró un momento! En menos de un segundo consultó mi razón todas mis doctrinas filosóficas, las leyes físicas y aún algo de metafísica abstrusa. Y fortalecido en esas mis condiciones eruditas, alcé bayoneta, cargué el fusil, y á paso redoblado, aunque palpitante el corazón, avancé resueltamente hacia aquella alma en pena que á un adepto de la escuela experimentalista como yo soy, ó á un descreído como siempre lo he sido, venía á probarle que la verdad científica es una mentira y que la razón humana no ha derrotado del todo á lo sobrenatural.

«Cabo! Cadete! Acuerdesé de mi hermano! Mire qu'el ánima no perdona! Pobre mozo! Tan joven y tan dijunto!»

Pero yo me había reído demasiado de lo imposible para temerlo... ostensiblemente. ¡Y entré al cuarto. Entré solo!

Arriba, en el techo, había un agujero. Por él entraba la luz de la luna, que se reflejaba en el fondo de la pieza. Cuando no hacía viento bastante fuerte para apagar la lámpara que alumbraba el cuarto, la luz pálida de la luna, era invisible, dominada como estaba por la luz más intensa de una mecha encendida é impregnada en kerosene.

Cuando volví, los soldados me rodearon como á un héroe.

«¿Y cómo no le hizo nada el ánima, cadete?» me preguntó Mareco. «¿Le dijo algo?»

¡Ya lo creo que me dijo! ¡Si nos hicimos amigos!

Otro día les contaré á ustedes lo que el ánima me dijo.

Oscar Claret.

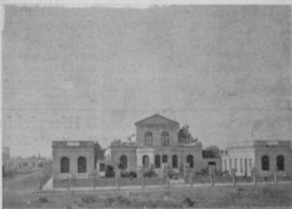
Por la tierra

Nueva Palmira

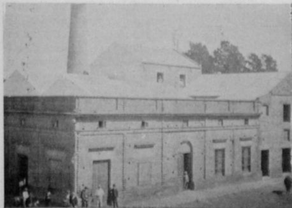


El puente del Sauce, inaugurado el 25 de Agosto de 1897

Más y más de Nueva Palmira.—Mi querido amigo don Sixto Pérez manda al Rojo y Blanco nueve fotografías y yo las acompaño con algunos pensamientos. El fin que se propone el excelente maestro y el humilde doctor, es el de hacer conocer la belleza y la importancia de esta Nueva Palmira que los dos aman tanto y tan sinceramente.—Yo consagro mis pensamientos especialmente á los niños que son mis amigos predilectos, los amigos ingenuos á cuya sonrisa inocente pido consuelo en mis dolores, fe en mis dudas y valor en las horas negras del desaliento ¿Y no es Palmira como una hermosa niña de pocos años que juega con les aguas de su río y las flores de sus jardines y de cuando en cuando se trepa al cuello de su madre querida, la patria Uruguaya, y le murmura al oído: soy laboriosa, soy buena y pronto seré grande y seré una de tus glorias como soy ahora una de tus bellas esperanzas?—*Escuela graduada para niñas.*—Es un hermoso edificio y bastante bien dispuesto en donde la egregia educacionista señorita María Teresa Bo, directora y maestra y sus tres ayudantes señoritas Isabel Aguirregabirria, Adelfa Macchiavello y Paula Valenegri, con verdadero *intelctto d'amore*, preparan para el hogar hijas y esposas modelos, para la patria mujeres ilustradas, cultas y ciudadanas amantes de la paz y del progreso. Todo el mundo le llama á este edificio colegio de niñas—yo lo llamaría más bien templo de Nueva Palmira.



Escuela graduada número 8



Molino á rollos

Molino á rollos de la firma Pérez Cuculić, Bianchi y Bayo.—Es un hermoso y

muy importante establecimiento harinero, uno de los mejores de la República: un establecimiento en el cual se concentran dos terceras partes de la vida comercial del pueblo y que hará que siempre se recuerden con gratitud sus fundadores señores Felipe, José y Antonio Fontana; enriquecerá á los sucesores de ellas y dará honrado trabajo á mucha gente.

Molino y fidelería.—Como se vé este molino-fidelería, con sus galpones anexos constituye un conjunto de mucha importancia y de no poca belleza. Lástima grande es que la fidelería no funcione, ya que aquellos integérrimos comerciantes que son mis benefactores y amigos Antonio y José Fontana, fabricaban en ella unos fideos que como he dicho más de una vez podían competir con las mejores de Nervi y de Nápoles. Quisiera que los niños al pasar por delante de estos dos establecimientos recordarán siempre que á la patria se le trae más provecho fundando una industria que ganando una batalla y que es el trabajo, solo el trabajo honrado, lo que da un verdadero valor á los hombres.



Molino y fidelería



Iglesia parroquial

Iglesia parroquial.—Francamente la iglesia de Nueva Palmira no es un bonito edificio pero—con el último ensanche que se le practicó, suple muy bien á las exigencias de nuestra población la cual si aprecia en lo que valen las exterioridades del culto, bien sabe que Dios agradece tanto y quizá más la plegaria que sale de una humilde choza como la que se levanta de un templo suntuoso.

Puente del Sauce.—Hay tantos *Sauces* en la República, decía un amigo mío, que ya no sabe uno cuál es el del triste amor que cantara Desdémona infeliz. Aquí se trata del Sauce que separa el departamento de la Colonia del de Soriano. El separa dos departamentos pero pone en comunicación las agraciaderos con los palmirenses. ¡Bendito sea todo lo que une entre sí á la gente y maldita sea la desunión!

Doctor Carlos Cuneo.

Efeméride

14 de Mayo de 1863.—Muerte de don Juan Francisco Giró

El ciudadano, muerto en este día hace 38 años, fué Presidente de la República y desempeñó otros cargos públicos de los más importantes. Educado en Estados Unidos y habiendo pasado su juventud en el extranjero, fué quizá por eso moderado en sus afecciones partidarias y en su política.

Electo Presidente de la República en 1852, á raíz da la paz que puso térmiso á la Guerra Grande y defraudando la esperanza de los que esperaban el triunfo de un candidato del partido de la Defensa, el gobierno de Giró fué tan breve como agitado.

La revolución del 18 de Julio de 1853, producida por los elementos militares colorados lo obligó á someterse á los hombres de este partido, y luchando entre sus prerogativas y autoridad, las exigencias de aquéllos y la propaganda terrible de la prensa, tuvo que abandonar el poder y refugiarse, primero en la Legación francesa y después en un buque de guerra de la misma nación, creyendo amenazada su vida.



Abandonado así el poder se constituyó el triunvirato de los generales Rivera, Lavalleja y Flores, forma de gobierno usada por primera y única vez en el país y que apenas llegó á funcionar por la muerte de Lavalleja y Rivera.

El gobierno de Giró, que al iniciarse encarnó las mayores promesas para la felicidad del país, ofrece una de las más elocuentes lecciones de nuestra historia política.

Dos uruguayas

Residen en Buenos Aires y son dos bellas y distinguidas compatriotas nuestras, María Blanca y Elena Gómez Palacios, á quienes presentan los grabados que acompañan estas líneas. Brillan en

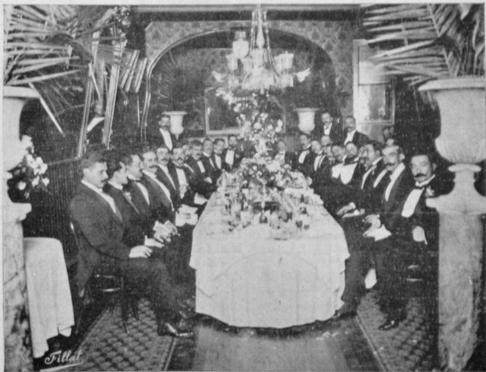


la sociedad bonaerense donde acentúan sus rasgos físicos su espiritualidad delicada, su inteligencia la nobleza de sus almas. Viven allá, llenas de los halagos que tales méritos atraen, pero sin olvidar á Montevideo, sus brisas y su cielo. Laten en ellas corazones orientales y aman la tierra con el cariño de mujer uruguaya que es ejemplo de patriotismo en las horas de desgracia ó en las de alegría naciones.



Banquete al doctor Vidal

Despidiendo de la vida de soltero al doctor Alfredo F. Vidal que el jueves unió para siempre su destino al de la distinguida señorita Clementina Sosa Díaz, ofreciéronle en los últimos días un banquete algunos de sus amigos íntimos. Se realizó la brillante fiesta en el Hotel Central y



mientras una notable orquesta, á órdenes de Logheder y Grasso, hacía oír sus acordes, rodearon la mesa, soberbiamente puesta, los señores José Pedro Rodríguez, Álvaro Pacheco, Agustín Correa, Pablo Zufriategui, Carlos de Arteaga, Enrique Blixén, Alfredo Arocena, Arturo Gómez Folle, Andrés Folle Illa, Miguel Cazenave, Guillermo Wilson, José V. Solari, Augusto Nery, Alejandro Lafone, Oscar R. Arteaga, José Antonio Ramírez, Blas Vidal (hijo), Alberto Bauzá Ocampo, Alberto Gómez Folle, Román Freire y Julio Llamas. Fiestas todas las de esta índole, llenas de expansión, no faltó en esta un solo instante en la destinada á augurar al amigo estimado, merecida felicidad en el hogar que iba á constituir, llevando por compañera á noble y hermosa dama. Los brindis en ese sentido fueron acogidos con sinceridad íntima y á ellos contestó el doctor Vidal agradeciendo, emocionado, aquellas inolvidables demostraciones.

La Americana

—Es inútil que insistas, hijo mío, te repito que mientras yo viva no te casarás con una extranjera.

Antonio se volvió suplicante hacia la madre y la marquesa le respondió con fría resolución:

—Opino como tu padre, Antonio.

—Pero dejad siquiera que os diga su nombre, que os informe de sus cualidades personales y de la familia...—insistió Antonio.

—Para qué?—contestóle su padre, el marqués, —si no quiero conocerla?

—Decidme padre, es que las mujeres extranjeras no son honradas y encantadoras como pueden serlo nuestras paisanas?

—Sí, ya lo sé, pero que se casen en su país.

—Si la vieseis, padre... si la trataseis!...

—Pues dadla por vista y tratada; alguna inglesilla educada con sobra de libertad, una elegante de finísimo gusto, alguna rubia de cabellos casi rojos... ¿no es eso?



—Por Dios, padre...

—Tu padre tiene razón, Antonio, y ten presente que nuestra resolución es irrevocable.

—Tal es el colmo de mi desdicha!—exclamó desconsolado Antonio.

Y enseguida añadió tomando el sombrero para retirarse:

—Sea, puesto que así lo queréis; pero os juro que perderá lastimosamente el tiempo y la paciencia quien me hable de casarme con otra mujer.

El marqués y su esposa se encogieron de hombros, sabiendo por experiencia lo que significan tales juramentos en boca de un muchacho de 20 años, heredero de un título nobiliario y de buenas rentas.

Pero Antonio salió de la estancia murmurando:

—Tan desgraciado soy que esta es la primera vez que mis padres desde que se casaron están de acuerdo.

El período de la caza estaba en su más brillante esplendor y el marqués siguiendo antigua y generosa costumbre, invitó á sus numerosos amigos á una partida de montería. Había entre los invitados una opulenta familia americana llegada á esa capital pocos meses antes, con altas recomendaciones para el marqués y compuesta del jefe de ella Mr. Wilsons y sus hijos Guillermo y Victoria. Ésta era una rubia hermosísima, de ojos azules llenos de inteligencia y bondad, de frente despejada, de encantadora sonrisa y desde el primer instante se granjeó la admiración más que las simpatías de todos los invitados, y singularmente la del marqués, siempre galante caballero, entusiasta admirador de la belleza y de las gracias femeniles...

La marquesa que regía con diestra mano un brioso corcel andaluz acercóse á su hijo Antonio y le dijo:

—¡Qué hermosa muchacha!... ¿no te parece que es digna de un príncipe?

Antonio sonrió con desdén y su madre mirándole sorprendida, añadió:

—Difícil de contentar eres! Como no se parecerá á tu famosa extranjera...

—Precisamente por eso!—contestó Antonio, y dando espuelas á su caballo, (hermoso alazán) alejóse de aquel sitio.

Entonces Victoria que también regía un fogoso bridón aproximóse á la marquesa y le dijo con voz dulcísima:

—Me permite usted señora que la acompañe?

La marquesa halagada por aquel gracioso ruego, contestó cariñosamente:

—Acepto con satisfacción, hermosa mía.

Y caminaron al paso cerca del marqués y á retaguardia de los demás cazadores, que formaban lucido escuadrón de más de treinta amazonas y ginetes.

Victoria en su conversación con la marquesa, dió pruebas de muchacha piadosa, buena y prudente, y hablando con el marqués, le dirigió tan justas observaciones sobre el arte cinegético y sus ejercicios, que el padre de Antonio la escuchaba con dulce embeleso, con verdadero encanto; ¡cuánto sentía la marquesa que el buen Antonio no caminara á su lado para experimentar la influencia, la fascinación que irradiaba de aquella adorable criatura! Digámoslo de una vez: antes de llegar los cazadores al sitio de la batida, la americanita era para los padres de Antonio el ideal de las muchachas casaderas.

—Es una bendición de Dios esta muchacha!—decían los marqueses.

—Tonto de Antonio!—dijo la marquesa—su extranjera le tiene sorbido el seso y no se digna este muchacho parar la mirada en esta mujer fascinadora...

—Le hablaremos fuerte!—respondió el marqués—ya verás!

Era la segunda vez que marido y mujer estaban de acuerdo.

—Te has fijado en la señorita de Wilsons—decía la marquesa á su hijo.

—Fijarme?... ¡No!... ¿para qué?—contestó Antonio de mal humor.

—Para que vieras, dijo el marqués—si Victoria es la esposa que te conviene... Estamos de acuerdo tu madre y yo.

—Pero, no es una extranjera? Pues según vuestras teorías debe casarse en su país y con un compatriota suyo...



—Es que...

—Bah! sobran aquí hermosas y ricas muchachas para que yo tenga el mal gusto de enamorarme de una extranjera.

Te digo—interrumpió el marqués—que su familia es nobiliaria y muy rica y ella, Victoria, es bella, virtuosa, instruida... en fin, ¡una chica adorable!—y el marqués, lanzado por la senda florida de los elogios, no encontraba expresiones bastante elocuentes con que enaltecer á la linda americana.

—Callad, padre mío, callad!—interrumpió Antonio sonriendo—aunque mucho la elogiáis no pensáis de ella como pienso yo.

—¿Qué quieres decir con eso?—exclamaron á la vez los marqueses.—Que Victoria es precisamente la extranjera con quien anhelaba casarme...

—Ah, bribón!—dijo el marqués dando un soberbio tirón de orejas á su hijo.

—Demasiado sabía yo que me dariais vuestro consentimiento en cuanto la conocierais!

Jaime Cruz.

Montevideo, Mayo de 1901.

Tempestad



En el fondo del puerto las olas chocan
Empujando obstinadas los murallones,
Y con sus golpes tallan los escalones
De las masas calcáreas que los revocan.

Los barcos macilentos su vela apocan
Y chirrian estridentes los eslabones,
Mientras pasan fugaces los nubarrones
Rozando los obenques que los provocan.

Suben las blancas luces de los faroles,
Oscilando en la línea de los penoles,
Y cruzan las cubiertas voces airadas.

Se esfuman en morados los arreboles,
Y se agitan disformes las negras moles
Con balances de fieras encadenadas.

Félix Polleri.

Mayo de 1091.

Concurso de ingenio

Los autores premiados

Todas las cosas tienen sus épocas de brillo y sus épocas de moda.

El ingenio que ya antes de ahora se había manifestado de una manera notable, se puede decir que está hoy en el furor de la moda y constituye casi un *sine qua non* para las revistas ilustradas y aún para las publicaciones diarias.



A Rojo y Blanco le ha cabido el honor de ser el iniciador de esta época de entusiasmo porque pasamos, y cuenta con un centenar de distinguidos colaboradores que con sus trabajos nos recuerdan los buenos tiempos de *El Negro Timoteo*, Los Lunes de *La Razón*, *La Tribuna*, *El Bien* y otras publicaciones que en un tiempo fueron el campo de acción para los aficionados al ingenio.

Ofrecemos hoy los retratos de dos de los autores de los trabajos premiados en el primer concurso de Rojo y Blanco, sintiendo no poder dar el tercero, por causas ajenas á nuestra voluntad.

El primer retrato pertenece á la autora del enigma premiado, la señorita Sara de Nava, conocida en las lides del ingenio con el pseudónimo de *Turquesa*. La Sección Amena se complace en contar con el concurso de colaboradoras tan distinguidas é inteligentes como la que nos ocupa y se hace un deber en publicar su retrato, pues á más de sobresalir como ingeniosa, puede también contársela en el número de las bellezas del jardín montevideano. A Turquesa se le puede llamar la Gioconda de nuestra época.



El otro retrato representa al joven Bernardo Larrayoz, autor de la preciosa charada premiada, y que con los otros dos trabajos fué publicada en el número pasado.

El joven Larrayoz es ya un veterano, pues no es el primer triunfo que ha obtenido con trabajos de esta índole. La charada á que hacemos referencia es un trabajo de verdadero mérito, en el que revela su autor, una marcada inclinación á la poesía y una verdadera predilección por el ingenio.

Reciban los autores de los trabajos premiados nuestra felicitación, lo mismo que los de las muchas que hemos recibido de parte de los colaboradores de la Sección Amena de Rojo y Blanco.

La vacuna en Montevideo



Que la vacuna produce fiebre, al brotar, es de opinión vulgar, pero no lo ha de ser menos la de que ha entrado con fiebre la vacuna ó el deseo de hacerse vacunar, en Montevideo. Esta otra fiebre la produce la necesidad, según es de opinión también vulgar de preservarnos de la viruela.

Los niños, sobre todo, se sienten tan contagiados del miedo, que son los primeros en presentar sus brazos á las inoculaciones.—Díganlo sino, los grabados que ofrecemos, y en el primero de los cuales una serie de buenos muchachitos, muestran su valentía. No se produce la lucha de otros tiempos, en que podría creerse que los chicuelos eran más llorones, porque chillaban desesperadamente á la vista de la lanceta, pero hay que convenir en que ahora se emplean medios más benignos con tan buenos ó mejores resultados... Nadie quiere ser víctima de la terrible peste. Es tan fea una persona con viruelas! Con razón se apuran todos á preservarse, á immunizarse hasta donde posible sea .. Nuestros médicos en esta tarea de vacunación—necesario es reconoceelo.—han rivalizado en actividad, no dándose casi momento de libertad, una vez ejercidas las diarias tareas profesionales. Caso sabemos nosotros de facultativos llamados expresamente por niños. Doctor, doctor! quiere vacunarnos?...—Bueno; á ver el brazo.--Aquí está.



El doctor Antonio Prunés en «La Médica»

Y zas, tras, vacunados los nenes, y tras ellos los padres y hasta los sirvientes de la casa. Se ve bien en nuestros grabados; los hijos no dan siquiera trabajo á las madres que los llevan, y cuando mucho, al desnudar los brazos, se permiten preguntar al médico ó al practicante: *Me doldrá* mucho?... La cosa marcha así, admirablemente, y es hecho de indiscutible veracidad que la viruela, que se presentaba como flagelo terrible, importada desde Buenos Aires esta vez, no ha podido asumir en Montevideo los temidos caracteres, por más que algunos casos hayan sido inevitables.—La vacuna ha ido á todas partes, producida en el Conservatorio que tiene á su cargo el doctor Gabriel Honoré, á quien recientemente un distinguido facultativo ha hecho, en publicaciones de la prensa diaria, merecidos elogios por lo que se relaciona con la administración y marcha de apuel establecimiento.



El doctor Enamorado en «La Tutelar»

El Rey loco

(Del libro "Ensueños y vibraciones", que aparecerá la semana próxima)

Sí, soy Luis de Baviera, el Rey Loco,
El monarca-poeta que sueña
Con la música alada de un ritmo
Que es cascada de luz de una estrella.

En mi góndola de oro, labrada
Cual estrofa genial de un poema,
Surco el lago que pueblan los cisnes:
Níveas almas de tiernos poetas.

¿Dónde voy?, ¿qué ambiciono?, ¿qué espero?
¿Qué deseo potente me lleva



Á buscar en la sombra infinita
El ensueño que no hallo en la tierra?

¿Qué pasión á lo obscuro me arrastra?
¿Qué misterio á mi vida rodea?
¡Esto sólo lo saben los lirios
Y lo sabe la nivea azucena!

¡Pobres flores! Sus copas de plata
Rebosantes están de mis penas,
¡De estas penas que son del Rey Loco,
De estas penas de Luis de Baviera!

Luis Scarzolo Travieso.

La última conspiración

Anunciábamos ya en el número anterior la prisión de algunos otros ciudadanos civiles y militares con motivo de la última conspiración descubierta por el jefe de la policía de investigaciones, comandante Pedemonte, combinadamente con noticias que se dice fueron recibidas por el Presidente de la República. Al escribir así sabíamos que se hallaba ya en la Fortaleza el coronel don Manuel M. Rodríguez cuyo retrato publicamos entonces. Completamos hoy la parte gráfica de la información con nuevos retratos de los demás detenidos, entre ellos el del comandante Calleros que recién el jueves de la presente semana llegó á Montevideo enviado por las autoridades de Florida y el del comandante Pedemonte que ha tenido, por motivo de su cargo, principal actuación en las prisiones realizadas. Va también entre nuestros grabados el que reproduce al doctor Eduardo Chucarro (hijo) á doble título: — como defensor de varios de los detenidos y como presidente



Doctor Juan Servetti Larraya



Dr. Miguel Herrera y Obes



Coronel Ciriaco Burgos



Comandante Lisardo Calleros



Coronel Andrés Klinger



Eugenio Toledo



Doctor Eduardo Chucarro
Presidente del Club Cruzada Libertadora



Manuel Solsona y Flores



Comandante Antonio Pedemonte
Jefe de la Policía de Investigaciones

del Club Cruzada Libertadora que en el momento de cerrar esta nota, se halla especialmente vigilado por la policía, á requerimiento del juez militar comandante Pablo Olivencia. El Club Cruzada Libertadora ha tenido entre nosotros resonancia por su oposición política al actual orden de cosas y su presidente el doctor Chucarro, ha sido de los primeros en agitar los ánimos siempre que se ha tratado de dar á la agrupación que preside una intervención directa en los sucesos políticos. El juez de instrucción militar ha ordenado además un registro en el local del Club, que dió margen á enérgicas protestas labradas ante escribano público y quejas ante la justicia ordinaria pidiéndole intervenga para rechazar la jurisdicción de los funcionarios militares.—



E. Salarí (hijo)

Volviendo al asunto de la conspiración, diremos que faltan aún dos ó tres personas que no han podido ser halladas por la policía para engrosar el número de los detenidos. Para éstos circula ahora una versión favorable. Se dice, en efecto, que el Presidente de la República está dispuesto á dirigirse á los Tribunales Militares pidiendo el sobreseimiento de este proceso, que quedará así definitivamente enterrado. El respetable público—guiado por la prensa diaria—habrá podido mirar hasta ahora con incredulidad las noticias relativas á este asunto, y con el sobreseimiento—si se decreta—quedará tan á oscuras como antes, preguntándose si hubo ó no conspiración.



Doctor Víctor Stewart

GALERÍA INFANTIL







He aquí otros tres que desfilan en esta galería como en una linterna mágica, en posturas de gente seria, con coqueterías encantadoras ó, como el del medio, que es un nene muy bueno, según nos ha contado un amigo, con un ceño de altivo enojo capaz de presentárnoslo en disputa con algún otro. Los tres, han dicho al fotógrafo, probablemente:

—Á ver si me saca bien, que es para salir en Rojo y Blanco!...

El Círculo Católico de Obreros



La columna al llegar al Círculo

Las sociedades de obreros católicos que van tomando un desarrollo notable en todo el país, tienen por centro al Círculo de Montevideo fundado hace 16 años y generador de ese movimiento de organización del elemento obrero con el doble vínculo del auxilio mutuo y de la confraternidad religiosa.

El Círculo Central, en plena prosperidad, acaba de celebrar uno de sus actos más expresivos: el de la comunión anual en cumplimiento del precepto pascual.

Desde su conocido local, situado en la calle de Minas entre Soriano y Canelones, los socios del Círculo se dirigieron á la Iglesia del Seminario, donde se celebró la comunión y donde se había dado un triduo de preparación para la misma por reputados oradores sagrados.

Después de la comunión, los obreros formando numerosa columna regresaron al local, en el que se efectuó el mismo día una asamblea presidida por el doctor Perea, muy concurrida y animada, como todas las del Círculo.



El desayuno después de la comunión

El crimen de Buenos Aires

Nota interesantísima

La muerte por estrangulación del millonario Pastor Castillo, ocurrida recientemente en Buenos Aires, ha sido el acontecimiento policial culminante en estos dos países del Plata. Los diarios de aquella ciudad y los de Montevideo han llenado sus columnas con los detalles del trágico suceso, con las suposiciones más ó menos acertadas sobre la forma de la comisión del crimen y por último con las noticias relativas al autor de éste. Los lectores deben estar enterados de esas crónicas espeluznantes y de los esfuerzos de la policía y de la prensa bonaerense para llegar á la reconstrucción de los hechos, y, por ese medio, al descubrimiento del asesino. Sosteniendo los unos el éxito de esas pesquisas, negándolo los otros, se ha llegado á la presentación ante la autoridad, de Baldomero Llot (a) *Llorón* mote que adquirió, según sus compañeros, por sus lamentos y lloriqueos cada vez que tenía que habérselas con los polizontes. Llot es ladrón conocido en Buenos Aires—valga la honrada palabra de sus diarios—y según los telegramas recibidos el viernes, de aquella ciudad, visitó Montevideo hace algunos años con el nombre de José Guell, encontrándose también su fotografía en la galería de *personalidades punguistas*, de nuestra policía. Quisimos cerciorarnos de esto último y encontramos el retrato que con número y anotaciones reproduce nuestro grabado. Es el Guell á que se alude y cuya filiación tomada al dorso del retrato dice textualmente: N.º 407. —José Guell.—ladrón, Patria: español; edad: 21 años; estado: soltero; profesión: no tiene (?); estatura: alto; complexión: delgado; color: blanco; tez: pálida; cara: larga; pelo: castaño; barba: lampiño; boca: grande; nariz: grande; frente: alta; ojos: claros; orejas: grandes. Señas particulares: dos cicatrices en la frente y una en el labio superior.



Esta reproducción significa un triunfo más para Rojo y Blanco cuyos lectores comprenderán el gran esfuerzo que ha impuesto conseguirla en el breve tiempo mediado entre la noticia y la aparición de la revista.

Monumento á Lamas

Inmediatamente de ocurrida la inesperada y sensacional muerte de Diego Lamas, sus correligionarios y especialmente los jóvenes que lo habían acompañado como ayudantes en la campaña revolucionaria de 1897, tomaron con empeño la tarea de erigir un monumento á su memoria.

El proyecto no ha sido abandonado, pero ha seguido una tramitación algo lenta que cesará ahora con motivo de las ceremonias cívicas que á su memoria se preparan. Entretanto, uno de los más inspirados artistas nacionales, el joven escultor Felipe S. Menini ha terminado el boceto del monumento, de acuerdo con las ideas de la Comisión que lo patrocina.



Según el boceto, el monumento tendrá la forma de un hemiciclo y en el centro de éste un soberbio león, oprimiendo bajo sus garras unas palmas. Da idea del proyecto del señor Menini nuestro grabado en que aparecen en miniatura la base del monumento y el molde en yeso del gran león.

Permitió el artista esta reproducción en una visita que últimamente hicimos á su taller donde le encontramos consagrado á sus tareas.

Hay otros trabajos de mérito en el taller de Menini en que se revela su talento y que darán motivo á otras de nuestras notas sobre el adelanto de los artistas jóvenes que son valientes, pues que son también creadores.

Blanca Vidal

Interview telefónica

—¿Su nombre?
—Blanca Vidal.
—¿Nacimiento?
—Bilbao.
—¿Hija de?...



—Camilo Vidal, periodista y autor.
—¿Qué edad tiene?
—¿Quién, papá? Nadie lo sabe.
—No, señorita; usted.
—19 años, de los cuales he vivido ocho en Montevideo.

—Vino usted muy joven...
—Sí. Aquí completé mi educación, en el Liceo Franco-Uruguayo.
—¿Con quién ha estudiado el canto?
—Con nadie.
—¿Y el solfeo?
—Solfeo y piano, con la distinguida profesora señora María G. de la Cueva.
—¿Quién le ha enseñado á usted á declamar tan bien?
—El profesor universal: Dios.
—¿Está usted satisfecha de su *debut?*
—Satisfechísima, y muy agradecida del público y de la amabilidad con que me ha tratado la prensa.
—¿No había usted representado alguna vez?
—Jamás. Mi debut en la compañía del maestro Campos lo ha sido en la acepción de la palabra.
—De modo que no había usted cantado nunca?
—Ni el wals de las olas.
—Rojo y Blanco une sus aplausos y felicitaciones á los del público y á los de los diarios.
—Muchas gracias.
—Y va á publicarle el retrato.
—¡Cuánta galantería!
—Ah!... ¿Por qué debutó usted con *Las Tentaciones?*
—Pues sencillamente; porque mi vocación por el teatro fué una verdadera *tentación*, y me dije: ¿Me tienta el diablo por este camino? Pues, adelante con *Las Tentaciones!*
—¿Y sigue usted con ellas?
—Y con el diablo de Talia.
—No le comprendo á usted...
—Pues es fácil. ¿Sabe usted la obra que tengo en estudio?...
—Si usted no me lo dice...
—¿Quién manda en el infierno?
—El diablo.
—Pues, esta es la obra: *El diablo en el Poder.*

....

Y el fotógrafo de Rojo y Blanco, no hace más que estampar la conferencia, añadiendo, por su cuenta y riesgo, que la señorita Vidal, llegará á conquistar el título de *diva* en la zarzuela española.

Los restos de Adolfo Berro

La Municipalidad de Montevideo, al resolver la traslación de los restos del poeta Adolfo Berro, del Cementerio Central en que reposan desde 1841, á la necrópolis del Buceo, ha querido que la ceremonia revista solemnidad y que corresponda á la memoria del dulce poeta que supo honrar la juventud de su tiempo con el homenaje más expresivo en nuestros anales literarios.



Isidoro De-María

Damos hoy los retratos de los señores Isidoro De-María y Jacinto Susviela, contemporáneos de Berro, que juntamente con el doctor Juan Zorrilla de San Martín, están encargados de organizar la conmemoración que esperamos sea digna del poeta cuyo recuerdo tiene la más envidiable aureola de sentimiento y simpatías.

El retrato del doctor Zorrilla no lo publicamos por haber salido ya varias veces en esta revista.



Dr. Jacinto Susviela

Football

El partido internacional



TEAM DEL ALBION —*Goal keper*— E. Sardeson. *Backs* — C. B. Poole, E. Cardenal. *Halves*— J. López, F. Cutler, M. Ortiz Garzón. — *Forwards*—Morton, A. F. Lodge, J. Sardeson, B. Cespedes, W. Poole.

TEAM PORTEÑO. — *Goal*—D. Anderson. — *Backs*—F. R. Pelly (campeón internacional) y W. Leslie. *Halves*—E. L. Dugan, H. T. Ratsclift, C. G Dikinson.
Forwards—G. N. Dickinson H. B. Anderson, Alling, O. Anderson, G. C. Leslie.

Vuelven los partidos de football á despertar la atención de los aficionados excitados ahora por el partido internacional jugado en la Avenida 19 de Abril el jueves último, entre el primer team del *Albion* y el grupo combinado de jugadores porteños que llegó el mismo día, para regresar por la noche, después de su triunfo, capitaneado por el señor Anderson. Fué muy interesante el *match* en el que obtuvieron un *goal* de ventaja los jugadores argentinos, sobre dos que tenían los del *Albion* á la hora de terminar. Rivalizaron los dos grupos en agilidad y destreza y algunos tantos arrancaron aplausos entre la concurrencia. En el primero de nuestros grabados figuran los jugadores de ambos *teams* confraternizando después del torneo y en el segundo se reproduce la escena interesante que precedió en el juego al último goal ganado por los del team argentino.



Oración

Palidece el crepúsculo;
aparecen radiosas las estrellas
y las primeras horas de la noche
van colgando sus velos de tinieblas.

Palidece el crepúsculo;
pliega el ave sus alas fatigadas
en el árbol amigo y junto al nido,
eleva al cielo su armonioso canto.

En tanto que resuena
la metálica voz de la campana;
fluye, del toque de oración, el ritmo
que despierta, en el alma, la plegaria.

Del fondo de la mía
donde guardo el altar de mis creencias,
surge siempre á esa hora una plegaria
impregnada de fe y de inocencia,

Que aprendí siendo niña,
cuando apenas mis labios formulaban
las primeras ideas; con ternura,
llena de fe, me la enseñó mi madre.

Sencilla, como su alma
la oración de mis años de inocencia
me trae mucho de ella y me parece
que aún guarda hasta el perfume de sus besos!

Mi fórmula sagrada!
¡la bendita oración de mis recuerdos!
ella es mi talismán, siempre que oro,
miro tranquila, el porvenir, sin miedo.

Zulma.

El diputado Pereda en Paysandú

La laboriosidad del señor Setembrino E. Pereda, más de una vez puesta á prueba, podría sin inconveniente ser proclamada única. Es en el parlamento nacional uno de los hombres de trabajo que más se distinguen, y el departamento de Paysandú, que representa en la Cámara le es deudor de varias iniciativas altamente benéficas para su progreso. En el último viaje al departamento citado, del que regresará por momentos, ha visitado personalmente algunas localidades para darse cuenta de sus necesidades más urgentes y tratar de combinar medios para subsanarlas. Nuestro grabado presenta al señor Pereda en unión de un grupo de agricultores de Paysandú constituidos en asamblea, en el camino de la Cuchilla, el día 9 de Mayo, por su iniciativa y bajo su presidencia.



Aquellas gentes de labor, tienen fe en el diputado visitante y de él esperan algún proyecto que tienda á mejorar la situación de nuestros hombres de campo. Algo nuevo, pues, ha de traer el viajero en sus balijas.

Notas de viaje





El último correo nos ha traído las primeras notas gráficas de viaje de nuestro estimado compatriota y amigo don Alejandro Beisso. Las tres vistas que publicamos son de San Vicente, puerto de escala en las islas de Cabo Verde. Son los rasgos más típicos de aquella estación los que nos ofrecen esas vistas: un carro de los que se emplean para el transporte de mercancías, arena, etc., tirado por bueyes de gran cabeza con aspecto asnal; el mercado de la ciudad donde se venden frutas, granos y algunas manufacturas primitivas, siendo lo más curioso que el mercado apenas ocupa unos cuantos metros cuadrados y allí se revuelven entre las mercancías mujeres, hombres, chicuelos y hasta algún animalejo más ó menos doméstico; y la otra vista es la de los botes de los chciuelos de San Vicente que viven de la generosidad con que los viajeros prueban su habilidad asombrosa en la natación. Es ésta la primera novedad que al viajero ofrece el arribo á San Vicente. Según la moneda que se les arroje, es el esfuerzo de los muchachos, que llegan al fondo y atraviesan el buque de una zambullida.





El Presidente de Francia delante de la tumba de Gambetta, en el cementerio de Niza

La visita de la comitiva francesa á la tumba de Gambetta fué una de las primeras ceremonias realizadas por el presidente Loubet en su viaje á Tolon. La tumba del eminente tribuno, sencilla en detalles, pero solemne en el conjunto, presentaba en ese día un aspecto magestuoso, rodeada por una multitud de ilustres visitantes en cuyos rostros parecía retratarse una profunda emoción al recuerdo de las virtudes y de los méritos del ilustre muerto.

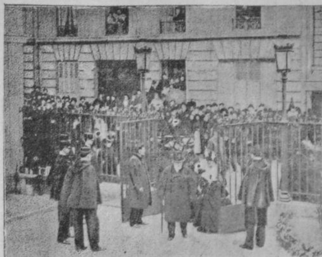
Después de la visita á la tumba, á la cual asistían los miembros de la familia el teniente Jouinot-Gambetta y Mme. Léris-Gambetta, la concurrencia, con el presidente á la cabeza, se dirigió á los muelles, donde tuvieron ocasión de presenciar las obras del nuevo puerto; visitaron los hospicios civiles y militares, siendo en todas partes aclamados.

Indicador de ROJO Y BLANCO

Médicos

Valentín Aznarez 25 de Mayo, 384.	Federico Velasco 25 de Mayo, 153.	Isabelino Bosch 18 de Julio, 240.
Arcos Pérez Convención, 86.	Gerardo Arrizabalaga Uruguay, 189.	Eduardo Payssé Uruguay, 371.
Horacio García Lagos San José, 242.	Juan B. Bado Uruguay, 190.	Enrique Pouey Uruguay, 388.
Francisco Soca San José, 23.	Arturo Ferrer Mercedes, 245.	Jaime H. Oliver Uruguay, 314.
Pedro I. Alcardi San José, 62.	José Scoseria Maldonado, 263.	Joaquín Canabal Uruguay, 313.
Bernardo Etchepare San José, 146a.	Elías Regules Yí, 176a.	Ernesto Fernández Espiro San José, 266.
Joaquín de Salterain Florida, 200.	Alfredo Navarro Rincón, 23.	Juan Francisco Canessa 18 de Julio, 647.
Luis Demicheri 18 de Julio, 311.	Américo Ricaldoni Rincón, 35.	Alejandro Fiol de Perera 18 de Julio, 496.
Manuel Quintela 18 de Julio, 287.	Enrique Castells Reconquista, 117a.	Enrique Estrázulas Cerrito, 36.
Pascual Vero Av. Gral. Rondeau, 86.	V. Díaz Ramírez Rincón, 206.	Eduardo Martínez Mercedes, 293.
Augusto Turenne Av. Gral. Rondeau, 88.	Antonio Serratosa 25 de Mayo, 498.	Juan B. Morelli Rincón, 26.
Francisco Torres Insargarat Colonia, 228.	Rodolfo Fonseca Colonia, 185.	Juan Fleurquin 18 de Julio, 806.
Alberico Isola Soriano, 184.	Alfonso Lamas Juncal, 158.	
Pedro Villamil y Casas Ibicuy, 242.	José Luis Baena Cerrito, 177.	

Las exequias de Mlle. Zélénine



Llegada de la familia Deschanel á la iglesia rusa



Trasporte del féretro

Las exequias de Mlle. Zélémine, llevaron al templo ruso, una enorme cantidad de curiosos que se confundían con los amigos de la víctima, para demortrar por última vez, la simpatía que les inspiraba la desgraciada joven. La ceremonia religiosa celebrada según el rito ortodoxo, fué de las más sencillas y conmovedoras siendo presidido por Miguel Zélénine, acompañándrlo algunos funcionarios, Mr. Emilio Deschanel y la familia, quienes acompañaron después el féretro hasta el cementerio de Saint-Quen donde rsposarán momentáneamente los restos.

Sección amena

Á cargo de Blas Mil

JUEGOS DIGNOS DE MENCIÓN ESPECIAL

CHARADA

Dame tu *todo, todo* de mi vida
No tengas celos de *primera dos*
Que aunque su *todo* tengo, yo te juro
Que cuando vaya al *todo* se lo doy.

Más si lo exiges, *todo;* toma el *todo*
De *prima dos* y arrójale en el *tres*
Que aunque la pobre sin *total* se quede
Poco me importa, pues jamás la amé.

Y andando vamos que del *todo* es hora
Pero antes una cosa te diré
Y es *todo*, que con *todo* ó sin el *todo*,
Nunca de tí, *prima segunda, tres*.

Los Wacha.

JEROGLÍFICO



Antifaz.

ENIGMA

Habito en una casa de piedra y en ella permanezco casi siempre oculta y dormida; más apenas un arma de hierro me provoca, acudo al llamamiento y me lanzo fuera de mi albergue. A mi aparición soy pequeño, débil, casi invisible; el simple aliento de un hombre puede contenerme; en una sola gota de agua puedo ser absorbido; pero estos mismos enemigos me infunden mayor valor la en victoria. Entónces aumenta mi volumen y camino sembrando muerte y espanto. Tengo una hermana impotente sin mi ayuda; pero unidas una y otra, hemos cambiado la faz de muchos imperios y la cambiaremos todavía muchas veces.

Esmeralda.

CARTA-CHARADA

(Á Capitán Veneno)

Querido capitán: ¿Qué veo en la *seis siete* que tengo ante mis ojos? ¿qué eres *todo*? ¿desde cuando? Pues me *uno siete* que toda tu familia es lo contrario, y si *tres siete repetida* viviera y tuviera ante sus ojos, como yo, la *seis siete* citada, exclamaría disgustado: ¡Ay! el deotino lo quizo.... *cinco cuatro* para ser *todo*.
Tres amigo

Falquito.

JEROGLÍFICOS

1

5 MO () NO ()

Don Julio.

2

K5e GEMA 10 LA

Aurora S.

ANAGRAMA

Á Turquesa.

¡BA! ES FACIL
L. O.

Es una preciosa niña.

Capitán Veneno.

Soluciones de los juegos premiados.—Á la charada; *Agigantado.* Al jeroglífico: *En 1492 Colón atraviesa el océano y descubre la América.* Al enigma: *El tabaco.*

Mandaron soluciones: *Mimosa*, 3; *Sisebuto*, 3; *Falquito*, 3: *Maragata*, 3; *Ariosto*, 3; *Kan de la Martina*; 3: *Figaro*, 3; *Chocho*, 2; *Raul*, 3; *Juan*, 2; *Turquesa*, 3; *Sara*, 3; *Nadie*, 3.

Correspondencia de ROJO Y BLANCO

Tarjetero Postal

A.—Montevideo.—*Misterio* es demasiado ingenuo, pero revela buenas condiciones en el autor. Insista.

Rubeistein.—Montevideo.—Sus *Flores caidas* son casi buenas, pero no son publicables.

X.—Montevideo.—La letra en que está escrita *Revelación* es muy parecida á la de Zorrilla de San Martín. La composición en cambio, no se le parece nada.

A. A.—Montevideo.—Sus décimas sí, se parecen á las de un buen poeta, á las de Regules y se parecen tanto que no las podemos publicar.

Lagartijo.—Montevideo.—Desgraciadamente Vd. no ha puesto una pica en Flandes.

Caos.—Montevideo.—Su nuevo cuento está muy bien escrito. Saldrá pronto y debidamente ilustrado.

Una corrección

En el soneto de nuestro colaborador *Férald O'Door* que, bajo el título de *Spleen*, se publicó en el número anterior de Rojo y Blanco, se deslizó el siguiente error de impresión:

En el tercer verso de la primera cuarteta donde dice: «*todo en mi reunido*», debe leerse: «*todo en mi reinado*».

Salvado el error, la cuarteta queda así:

—«Yo soy el Rey de aquel país brumoso
Que se llama el Fastidio. De mí lado
Huyó el placer,—y todo en mi reinado
Hoy tiende á hundirse en un glacial reposo.»

Sección Amena

Pomponia y Azucena.—Turquesa me encaaga felicite á ustedes por el triunfo alcanzado en el torneo.

Azucena.—Sentimos mucho que no haya podido enviar su retrato, Si es por fuerza mayor se perdona, si es por capricho se reprueba.

Turquesa y Pomponia.—Gracias mil por las fotografías. La Sección Amena llega hor al apogeo de sus triunfos.

Mimosa.—Ignoro la causa de su ausencia y me alegro de su regreso. Sus juegos se publicarán cuanto antes.

Alpha—Remita más producciones para poder elegir.

Correo Administrativo

S. G.—Florida.—Recibimos su liquidación y giro por el mes de Abril.

E. M. C.—Lascano.—Recibimos importe de suscripciones hasta Marzo del corriente año.

A. V.—Rivera.—Recibimos giro valor 37.30 que llevamos á su cuenta.

E. L.—Florida.—Recibimos importe de encuadernaciones y suscripción del mes de Abril.

R. M.—Fray Bentos.—Recibimos giro valor 25 pesos. Esperamos su remesa de números para enviarle la liquidación pedida.

L. S. B.—Pando.—Queda acreditada en su cuenta su entrega última de 4 pesos.

G. R.—Santa Rosa del Cuareím.—Ya se le remitieron los ejemplares encuadernados. Los otros libros irán poronto si conseguimos los pliegos que faltan.

V. B.—Sarandí Grande.—Queda anotada su indicación. Se le remite con éste el número pedido.

F. P.—Pando.—Rogamos nos conteste á nuestra última.

MUY SUPERIORES Á LOS VINOS
COMUNES IMPORTADOS



LA DAMAJUANA DE 10 LITROS
LACRADA Y ETIQUETADA

TINTO.................. 1.50
2.10 .... BLANCO
(Sin envase)



Los Excelentes Vinos

Harriague

del Salto

LA CASA ENTREGA Á DOMICILIO
AL PRECIO DE:

CERRITO 80A - MONTEVIDEO

LOS DOS TELÉFONOS

CUIDADOS COMO LOS MEJORES
VINOS DE "BORDEAUX"



LA DOCa DE BOTs DE 75 CENTs

TINTO................ 1.80
2.40 .... BLANCO
(Sin envase)

Estos Vinos se encuentran al mismo precio en los BUENOS ALMACENES